

SOBRE LA NATURALEZA HUMANA

El triunfo de Occidente y sus consecuencias

JOSÉ ADOLFO DE AZCÁRRAGA

En Julio de 1918 apareció en Munich el primero de los dos tomos de *La decadencia de Occidente*, de Oswald Spengler, desconocido historiador y antiguo estudiante de ciencias. Por entonces el frente occidental alemán comenzaba a desmoronarse, tras el periodo *sin novedad* que tan bien reflejó Erich Maria Remarque en su gran novela antibelicista de 1929. Tras su caída final, en Noviembre de 1918, la influencia del pesimismo filosófico de Spengler fue enorme: su libro alcanzó sesenta ediciones en ocho años. Incluso la nueva ciencia podía interpretarse en clave spengleriana, ante el derrumbamiento, según Spengler, de “las bases de las teorías físicas, de los conceptos de masa, espacio y tiempo absolutos, y de la causalidad de las leyes de la naturaleza”. Sin embargo, ninguna de las brechas en el orden científico imperante hasta el inicio del siglo xx, producidas por la relatividad de Einstein, la física cuántica de Schrödinger y Heisenberg o los teoremas de Gödel sobre la incompletitud de las matemáticas, implicó decadencia alguna: la física y las matemáticas absorbieron sin gran dificultad esos avances inicialmente *revolucionarios* y su progreso continúa hoy sin detenerse. De igual forma, nada queda ya de Spengler ni de su fatalismo político; muy al contrario, el *triunfo* de la civilización occidental parece, hoy, fuera de duda.

Sin embargo, ¿es realmente así? ¿Se ha alcanzado el *fin de la Historia* que anunció Francis Fukuyama en 1989, para quien la caída del muro de Berlín señalaba “el final de la evolución ideológica de la humanidad y la universalización de la democracia liberal occidental como forma de gobierno?” ¿Se han sentado, por fin, las bases para superar las diferencias entre Occidente y el resto del mundo? Evidentemente no. Es cierto que el fin de la guerra fría sí determinó el fin de una importante parte de la Historia, pero ésta es más compleja. La realidad es que, en una doble paradoja, la pro-

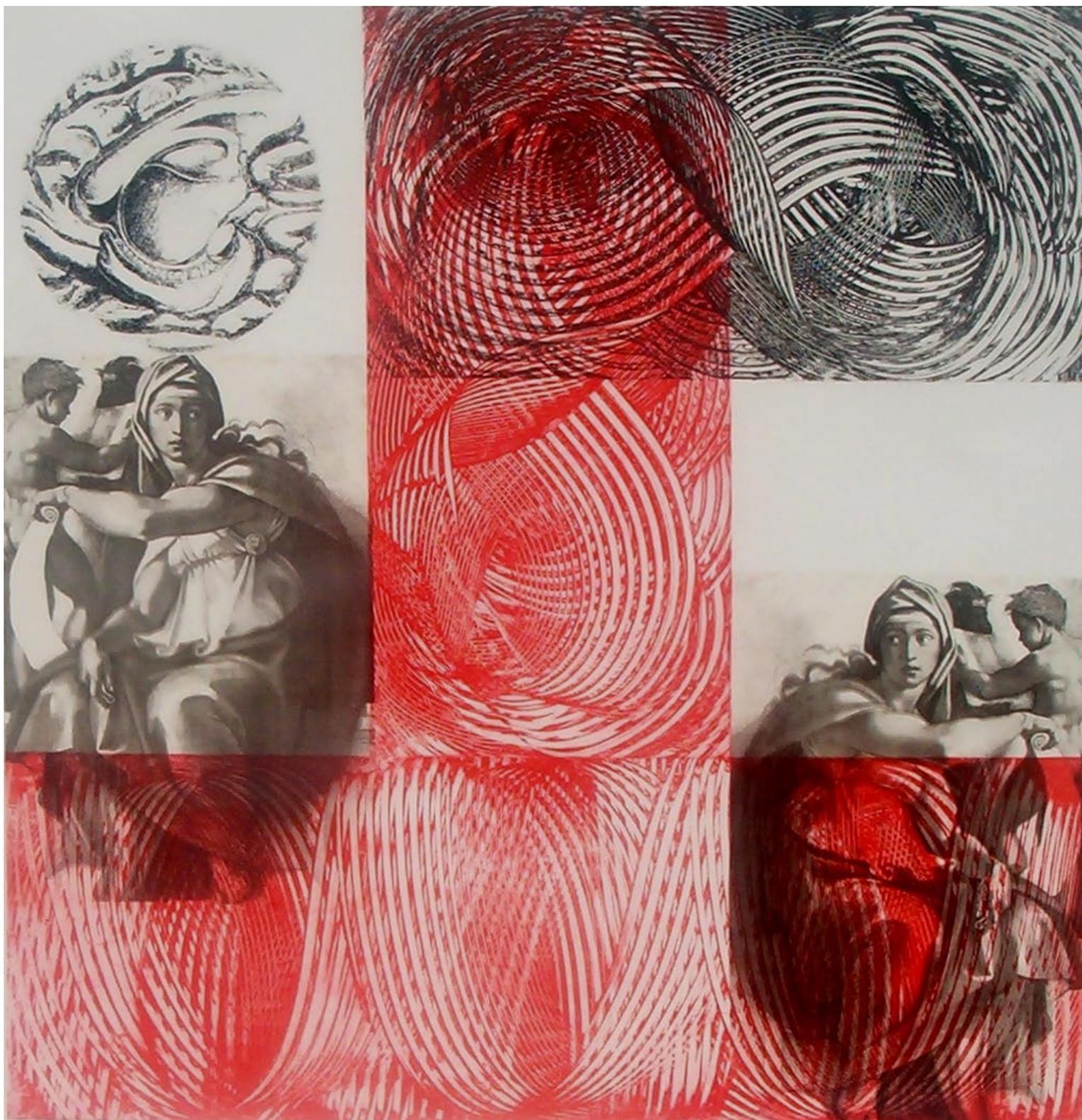
pia hegemonía de la civilización occidental contribuye al rechazo de sus valores y principios, a la par que la resistencia de otras civilizaciones a aceptar algunos de ellos les obliga a occidentalizarse parcialmente para preservar su identidad. De otra forma: desde hace ya tiempo, las grandes culturas se occidentalizan *a su pesar*, y lo hacen, en cierta medida, *contra* Occidente.

Procesos de occidentalización

Salvo en su componente judeocristiana, todas las ideas y logros que configuran la cultura occidental—libertad individual, secularización, igualdad ante la ley, democracia, derechos humanos, ciencia *moderna*—nacieron en Europa. Desde allí se extendieron a otros lugares, poblados por europeos, para configurar ese vago entorno que hoy se denomina Occidente. De hecho, el Estado democrático más antiguo no está en Europa: la Constitución de los Estados Unidos (1787) precede en dos años a la Revolución Francesa. Junto a la ciencia moderna, una creación europea que hoy trasciende regímenes, religiones y culturas, las demás componentes de la cultura occidental han ido más allá de su ámbito original y adquirido pretensiones de universalidad; la idea de *civilización universal* es, ella misma, occidental. Este convencimiento de la validez general de sus principios—por ejemplo, de la democracia secular como forma de gobierno—es parte esencial del conflicto que enfrenta Occidente a otras culturas, y muy especialmente a algunos sectores del Islam, convencidos, por su parte, de la universalidad de su fe. Es cierto que el problema también tiene raíces económicas, pero sería ingenuo reducirlo, en una simple lectura marxista-leninista, a la economía, aunque la pobreza sea fuente de frustración y de conflicto. No; lo que ante todo se rechaza hoy de Occidente es su hegemonía *cultural*, que produce el temor—nada infundado—de que acabe desplazando los valores autócto-

nos y subvierta el *orden* establecido por otras culturas en sus respectivos ámbitos. Hace quince años Samuel Huntington señaló que, en su sentido más amplio, la Historia es la historia de las civilizaciones; las grandes fronteras de la humanidad son culturales y no nacionales, por lo que las naciones no son ya los únicos motores de la Historia. El corolario es evidente: en un mundo reducido por las comunicaciones y el comercio internacional, el choque entre civilizaciones de ambición universal es inevitable. Siempre ha habido conflictos y absorciones culturales a lo largo de la historia; lo nuevo es la globalidad del fenómeno.

El *origen* de las distintas civilizaciones de la Humanidad—la influencia de la geografía, la naturaleza de los primeros pobladores y sus migraciones, los recursos naturales o el azar—es oscuro y, a falta de un ‘Darwin de las civilizaciones’, no es fácil aventurar *por qué* hay seis u ocho (occidental, islámica, china y japonesa, hindú, africana y quizá otras) y no quince, por ejemplo. Pero, una vez establecidas, las diferencias culturales condicionan la evolución de los pueblos. Hace años, un colega ceilandés me comentaba que occidentales y orientales se distinguían por su actitud ante una elevada cumbre: un occidental querría *conquistar* su cima, y un oriental preferiría sentarse al pie de la montaña para *contemplar* su belleza. Aunque fuera una intencionada simplificación, lo cierto es que la actitud occidental ha conducido al descubrimiento (la mayoría de los grandes exploradores han sido europeos), al avance en general y científico en particular, y que la postura contemplativa no estimula el desarrollo y el progreso en el mismo grado. Por eso V. S. Naipaul señalaba en su desesperanzada *India: una civilización herida* (1977) el trágico dilema al que aún se enfrenta el fascinante país de sus antepasados: modernizarse y occidentalizarse, con el riesgo de dejar de ser India, o seguir fiel



a sí misma, al precio de abandonar buena parte de su población en el marasmo en que se encuentra. Quienquiera que haya recorrido la India apreciará lo acertado del diagnóstico de Naipaul. Tanto, que no es fácil ser allí un simple turista: una prolongada estancia acaba transformándose en una experiencia casi mística –la India no se visita, se siente– por muy internacionales que sean los hoteles donde quizá busque cobijo el viajero. No obstante, la pujante India de hoy debe mucho a su occidentalización: los británicos no sólo prohibieron (en 1829) la milenaria tradición de

la quema de viudas (el *suttee*) con el apoyo del rajá Ram Mohun Roy, ‘padre de la India moderna’ y decidido partidario del inglés “como llave de toda mejora”. Pese a los excesos coloniales y a que no pudieron evitar el conflicto entre hindúes y musulmanes –entre dos civilizaciones– que dividió la *joya de la corona*, también establecieron allí una primera estructura política y económica y una buena red de ferrocarriles, y facilitaron la formación de una elite india: Gandhi, por ejemplo, estudió en el *Inner Temple* de Londres; Nehru lo hizo en Cambridge¹.

Como la India, muchos otros países han tratado de resolver el dilema occidentalización–desnaturalización a lo largo de su historia. La primera gran experiencia tuvo lugar en Rusia. Fue Pedro el Grande quien inició su modernización, tras un viaje por

¹ Rajendra Prasad, poco antes de convertirse en el primer presidente (1950) de la República India, escribió a su último emperador, el rey Jorge VI: “aunque nuestro logro se debe en no pequeña medida a nuestros propios sufrimientos y sacrificios, es también el resultado de fuerzas y acontecimientos mundiales; y *last, but not least*, es la consumación y el resultado de las tradiciones históricas y de los ideales democráticos de la raza británica”.

Europa en 1697-98 acompañado de la ‘gran embajada’. Pedro I importó la tecnología occidental en materia de buques, construcción y armamento, simplificó el alfabeto cirílico y adoptó el calendario juliano. Lo hizo autocráticamente, como correspondía a un zar, iniciando así un modelo que siguió después Catalina II (y, más tarde, Lenin y Stalin). Consciente del papel de la ciencia para el progreso, Pedro I dio un paso más en la occidentalización de Rusia creando la Academia de Ciencias. Transformada desde arriba (también el marxismo sería después una importación occidental), situada entre Occidente y el Oriente eslavo teñido por el Bizancio griego y ortodoxo, la Rusia de hoy es el resultado de todos esos cambios y revoluciones: occidental, pero no del todo, pues careció de Renacimiento, Reforma y Contrarreforma.

El ejemplo de Pedro el Grande estaba presente en el Japón cuando en 1867, tras una breve guerra civil, se abolió el sogunado Tokugawa y el emperador, de nuevo en Tokio tras abandonar Kioto, recuperó el poder en 1868. Tras su restauración, el jovenísimo Mutsuhito Meiji promulgó la constitución de 1889, afirmó “que el conocimiento debe buscarse allá donde se encuentre para fortalecer los cimientos del poder imperial”, y envió centenares de jóvenes a las mejores universidades occidentales. Igualmente impulsadas desde arriba, Japón entró en un periodo de reformas –económicas, educación y servicio militar obligatorios, transportes, adopción del calendario gregoriano, periódicos, tolerancia religiosa– que, a la muerte del emperador en 1912, habían transformado al país por completo. Tanto, que Japón pudo derrotar a una asombrada Rusia en 1905, la primera vez que un país asiático vencía militarmente a una potencia imperial europea. Se observa de nuevo la occidentalización parcial, con la importación de los avances científicos y tecnológicos, para evitar un Japón vasallo: para no volver a sufrir la humillación que supuso el tratado de Kanagawa de 1854, forzado por las cañoneras del Comodoro Perry, Japón se tuvo que occidentalizar. El *wakon yōsai* (‘espíritu japonés y ciencia occidental’) reemplazó, como norma de progreso, al *wakon kansai* (‘espíritu japonés y cultura china’) que el sabio y político Michizane Sugawara, deificado tras su muerte, había establecido mil años antes.

Más drástico fue en Turquía Mustafá Kemal, autodenominado Atatürk (padre de los turcos). Atatürk se hizo con el poder como presidente –no sultán– de la nueva república en 1923, para la que adoptó el nombre de Turquía, hasta entonces sólo

usado por europeos. Kemal expulsó al califa y abolió los tribunales religiosos, secularizó el Estado turco, adoptó a su vez el calendario gregoriano, revolucionó el status legal de la mujer prohibiendo la poligamia y abolió el velo y el fez: “una vestimenta civilizada, internacional, es la adecuada para nuestra nación, y nosotros la llevaremos”, afirmó. Es curiosa la asociación de cierto atuendo con el progreso: Pedro el Grande había prohibido llevar barba a los grandes nobles feudales rusos, los boyardos, medio siglo antes de que el Marqués de Esquilache, ministro de Carlos III, provocara un motín en el Madrid de 1766 al legislar contra el chambergo y la capa larga que podían ocultar rostro y espada. Atatürk redondeó la occidentalización de Turquía imponiendo el alfabeto latino –llegó, tiza en mano, a dar clases sobre la nueva escritura– cortando así parte de las raíces culturales de su pueblo. Cuando Kemal murió, en 1938, la occidentalización y la secularización habían transformado el país. Su carismática figura –símbolo, todavía hoy, del Estado secular– no es ya tan venerada como lo fue en el pasado, pero a él se debe que el antiguo imperio de la Sublime Puerta pueda llamar, hoy, a la de la Unión Europea.

Otras reformas no prosperaron suficientemente por el tipo de gobierno que quiso imponerlas, como el del *shah* Muhammad Reza Pahlevi, que cayó en 1979 dando paso a la República Islámica del Irán del *ayatollah* Jomeini, del *fatwa* contra Salman Rushdie y sus editores (tres millones de dólares al cambio de 1989 para su *ejecutor*), del *chador* y de los guardianes de la revolución, y donde –no es extraño– figuras como Atatürk son especialmente denostadas. Pero también el islamismo *fundamentalista* (un mal calificativo, pues el término caracterizaba originalmente a algunas Iglesias protestantes estadounidenses) puede *utilizar* la democracia occidental si resulta ventajosa para lograr el poder: un hombre (no *mujer*), un voto, *una vez*. Quizá los militares argelinos pensaban en esto cuando, ante los buenos resultados del Frente Islámico de Salvación en la primera ronda de las elecciones de 1991, cancelaron la segunda vuelta y establecieron una dictadura secular, ante el alivio de un Occidente incómodo, acusado de mantener un doble estándar, y la especial complicidad de París y Washington.

Resistencias al cambio

La sustitución de aspectos de una cultura por los de otra implica, al menos parcialmente, un *cambio de identidad*. Como consecuencia, sea impuesta desde arriba por un

déspota más o menos ilustrado, o adoptada por la fuerza de las circunstancias, la occidentalización no siempre es bienvenida. Nuestra identidad –lo que *somos*– está parcialmente determinada por nuestra pertenencia a una forma específica de sociedad –a una cultura o civilización– y nadie tolera de buen grado que otros le definan y, menos aún, que le *redefinan*. Pese a todo, Japón ha logrado una occidentalización equilibrada, ayudado en la restauración Meiji por el papel de la mujer, factor estabilizador y obligado guardián de las tradiciones, y después, por la decidida aceptación de una constitución democrática impuesta durante el periodo de MacArthur. Japón constituye el único ejemplo de democratización por la fuerza que ha tenido completo éxito, y es el paradigma de una occidentalización considerable y exitosa. En los últimos lustros, sin embargo, se puede apreciar una ocasional involución hacia valores más tradicionales, de los que el escritor Yukio Mishima fue un exponente. La transformación de Turquía fue más difícil y, de hecho, el actual resurgir del integrismo islámico constituye un serio obstáculo para su integración en la Unión Europea, que no se verá favorecida por los resultados de las elecciones del pasado 22 de julio.

¿Qué factores condicionan la adopción de nuevas pautas y costumbres? La *resistencia al cambio* es consecuencia de las componentes biológico-evolutivas de la naturaleza humana. El entorno de una persona en los primeros años de su vida *fija*, en buena parte, lo que *será* el resto de ella, a menos que ese horizonte próximo se aleje con una educación liberal; de ahí el interés de todas las ideologías y nacionalismos excluyentes por controlar la enseñanza. La *fijación* del individuo a su entorno, incluido el idioma, se produce natural y automáticamente en los primeros años de su vida; pasados éstos, es tan difícil superar la estrechez del terruño como aprender otras lenguas. Por otra parte, si la vinculación a una cultura es una inevitable consecuencia de nuestra naturaleza biológica, ¿cabe concluir, por lo azaroso de esa adscripción, que todas las culturas son equivalentes? Es común –sobre todo políticamente correcto– afirmar que sí, y defender seguidamente un relativismo cultural que carece de fundamento. Pues no hay que confundir el obvio y obligado respeto a la diversidad con la igualdad: ni la Atenas de Pericles es equiparable a la supuestamente idílica Nueva Guinea que describió Margaret Mead, ni la mujer –por ejemplo– ocupa el mismo lugar ni tiene los mismos derechos en todas las culturas. ¿Acaso hay que aceptar la poligamia, la quema de las *satis* indias, la

ablación del clítoris o muchos aspectos de la *sharia*? ¿Hay que defender la *burka*, que dificulta seriamente la visión, sólo porque sea tradicional en Afganistán? Si hubiera allí estadísticas, seguro que mostrarían más fracturas de huesos por caídas entre las mujeres que entre los hombres. Y, ¿qué decir de la prohibición talibán que impedía ir al colegio a las niñas afganas? Partiendo de la igualdad de todos los seres humanos, es tan posible como legítimo comparar, pues no todas las culturas ofrecen, ni siquiera en teoría, el mismo bienestar, la misma esperanza de vida y el mismo respeto a los derechos de sus miembros. La prohibición del velo en las escuelas francesas, por ejemplo, es legítima porque –como ya apreció Atatürk– no es una anecdótica cuestión de atuendo femenino, sino símbolo, como la *burka*, de servidumbre y sumisión de la mujer. ¿Acaso debe Occidente aceptar en su ámbito público costumbres que pueden poner en cuestión sus principios y sus logros, sólo porque aún sean tradicionales en otras culturas?

La encrucijada del Islam

Occidente no es ya una civilización confesional. Quizá por eso el fracasado proyecto de Constitución Europea no mencionaba las raíces cristianas de Europa: un acierto en lo que tenía de integrador y un defecto ante el riesgo de que esa amplitud de miras fuera mal interpretada o utilizada en su propio provecho por algún sector de otras culturas, especialmente por el fundamentalismo islámico. La reafirmación de esos orígenes no implicaba un retroceso: incluso en las antiguas naciones europeas siempre existió una cierta separación entre los poderes religioso y temporal, sin equivalente en el Islam. Los cristianos, al menos, se debatían entre Dios y el César, pero para los verdaderos musulmanes no hay elección: sólo hay Dios (*Islam* significa *sumisión* a Dios). Quizá por eso en el mundo musulmán resulta innecesario un representante divino cuya autoridad sea contrapeso del poder político: el Islam tiene más de diez mil imanes, pero no Papa (lo que impide, por cierto, que tenga una autoridad que legitime el magisterio o que pueda condenar eficazmente el terrorismo) y, por contra, las teocracias actuales son islámicas. Y es que, según sus respectivos *libros*, el Cristianismo y el Islam son muy diferentes, aunque ambos sean monoteístas. Jesucristo predicó ofrecer la otra mejilla, pero la *yihad* (*esfuerzo* por la causa divina o guerra santa) es parte del Corán y tiene una connotación específicamente religiosa; Jesucristo no lideró ejército alguno, pero el profeta Mahoma fue un triunfante jefe militar. De hecho, según la ley islámica, la guerra es

justa contra cuatro tipos de enemigos: infieles, apóstatas, rebeldes y bandidos, y tiene el carácter de *yihad* frente a los dos primeros. En la división musulmana del mundo en Casa del Islam (*Dar al-Islam*) y Casa de la Guerra (*Dar al-Harb*), ésta gobernada por infieles, no hay duda sobre dónde los integristas sitúan a Occidente, la civilización de los descreídos. Éste es el verdadero origen del terrorismo islámico, aunque a veces se oculte tras otros agravios, ciertos pero circunstanciales. Las alusiones a las Cruzadas para justificarlo, por ejemplo, están fuera de lugar: históricamente, las Cruzadas fueron una fracasada respuesta al avance del Islam –a la *yihad*– más que un primerizo imperalismo cristiano. De hecho, las Cruzadas se conocían en el mundo musulmán como ‘guerras de los francos’ (*frany*) hasta el siglo XIX, cuando se tradujeron al árabe libros de historia europeos.

Los antecedentes del terrorismo islámico se remontan a una secta de los ismailitas (éstos, a su vez, una rama del chiísmo), los *Asesinos* –*hashshashin*– de los siglos XI-XIII que, armados sólo con una daga, atacaban a líderes enemigos y tibios de fe. Los terroristas actuales son, en cierta medida, sus sucesores: aunque los *hashshashin* que describieron el judío español Benjamín de Tudela y el veneciano Marco Polo eran magnicidas y no practicaban el asesinato indiscriminado, los *asesinos* de hoy –que prefieren llamarse *fedayyin* (*dispuestos a sacrificarse*)– comparten con los originales su desprecio por la vida, propia y ajena. Los *hashshashin*, sin embargo, aunque no contaban con sobrevivir a sus ataques, no se suicidaban como muchos terroristas, que deben confiar en sutiles argumentaciones teológicas para soslayar la tajante prohibición islámica del suicidio. Muchos terroristas son *takfiris* (*takfir* indica *excomunión*), un grupo nacido en Egipto hace medio siglo, que permite adoptar modos no islámicos para pasar inadvertidos (*taqiyya*); seguramente fueron *takfiris* los asesinos del presidente Sadat en 1981 y quizá algunos terroristas del 11-M español. Lo preocupante, como ha señalado el arabista Bernard Lewis, es que los *asesinos* medievales constituían una secta del Islam extremista pero minoritaria, lo que no es cierto de sus actuales imitadores ni de quienes les apoyan. Pero el origen de su ciega convicción es el mismo: la absoluta fijación, desde los primeros años, a su entorno ideológico.

La involución que representa el fundamentalismo islámico constituye un gravísimo retroceso, pero no –como cabría pensar– a las raíces del Islam. Es bien sabido que en los siglos VII–XII el Islam estuvo asociado a un extraordinario florecimiento ar-

tístico y cultural, con eminentes filósofos y científicos que, además, preservaron y transmitieron la cultura de la antigüedad. Basta recordar en la edad de oro de la ciencia en el Islam, el siglo XI, al gran Avicena (Ibn-i-Sina, introductor de Aristóteles y autor del *Canon de medicina*, usado en universidades europeas durante siglos), a Alhacén (Ibn-al-Haitham) y Al Biruni, ambos físicos y matemáticos, al filósofo cordobés Averroes (éste del siglo XII), y a muchos otros. Cien años después, sin embargo, la ciencia islámica, con su novedoso énfasis en la observación (origen del método científico), prácticamente desaparece y, aunque el arte musulmán se mantiene hasta el siglo XV (la Alhambra actual es de los siglos XIII y XIV), la ciencia no resurgirá hasta la Europa del siglo XVI. Por su parte, la involución ideológica del Islam se inicia con la época mística del influyente imán persa Al-Ghazali (1058-1111). Así pues, y paradójicamente, lo que añora el fanatismo anti-occidental del 11-IX-2001 o del 11-III-2004 es el Islam del siglo XIII, no el de su mayor gloria. Con ello olvida que “la tinta del sabio es más sagrada que la sangre del mártir” y reniega, precisamente, de la gran civilización que asegura defender. Bolonia, París, Oxford o Salamanca fueron, en sus orígenes, las *madrasas* europeas. ¿Dónde están hoy las *madrasas* islámicas que precedieron a las universidades medievales? Los príncipes renacentistas protegieron a artistas y científicos; hoy, los riquísimos príncipes saudíes promueven el *wahabismo* del siglo XVIII que legitima su poder, una secta que sería irrelevante dentro del propio Islam si no se apoyara en sus petrodólares.

Raíz evolutiva de la intolerancia

Las civilizaciones son realidades sociales de larga duración. Como dijo Arnold Toynbee en su monumental *Estudio de la Historia*, “debemos conocernos unos a otros...: el conocimiento de la historia de la Humanidad debería ser una de nuestras posesiones comunes”, esencial para convivir a pesar de nuestras diferencias culturales, de raza o nacionalidad. Pero, ¿cómo lograrlo? No es nada fácil: hay que partir de una mejor y más universal educación que, en un actualizado *nosce te ipsum*, no ignore las trampas que nos tiende el origen biológico de nuestra naturaleza, que es –por escondido– nuestro peor enemigo. Es necesaria una educación que nos permita adecuar nuestro tiempo biológico, el mismo tras miles de años, a nuestro tiempo cultural, de vertiginoso transcurrir; sólo así se podrán comprender y superar nuestras diferencias. Pues, como ya mencioné, los seres humanos no son ajenos

a los mecanismos biológicos de fijación que actúan al inicio de la vida y que estudió el premio Nobel Konrad Lorenz hace medio siglo. La instintiva agresividad del ‘nosotros’ contra ‘ellos’ –de indudable origen evolutivo– pudo ser útil para el hombre de las cavernas, pero es un lastre para el ciudadano del siglo XXI que aún la lleva en sus genes.

No es sencillo superar la fijación al entorno que se produce en nuestros primeros años de vida. El hombre primitivo convive en nosotros con el supuestamente civilizado: *le coeur a ses raisons que la raison ne connaît pas*. Por eso los conflictos entre distintas culturas –o dentro de un mismo credo, como entre sunitas y chiítas– tienen muy difícil solución, que no cabe buscar en cándidos voluntarismos o en una tan ingenua como vacía ‘alianza de civilizaciones’, sino en una educación liberal que eleve a los seres humanos por encima de su primitivismo congénito. Pues, biológica y evolutivamente hablando, la única *misión* de los ejemplares de cualquier especie es reproducirse; como consecuencia, los primeros *homo sapiens sapiens* adquirieron pautas de conducta que resultan inadecuadas para las complejas sociedades de hoy. Basta pensar, por ejemplo, en el *innato* egoísmo de los seres humanos o en su desinterés por todo lo que supere su esperanza de vida². La evolución biológica es demasiado lenta para generar en nuestra especie comportamientos que se adapten a cambios culturales cada vez más rápidos: el corcel de la velocísima evolución social dejó ya atrás, y mucho, a la tortuga de la evolución biológica. Por ello, y aunque lo ignore, todo fanático cabalga sobre la tortuga del primitivismo, por lo que no cabe esperar racionalidad en su comportamiento.

Sorprende que no se incida en esa raíz biológico-evolutiva de la intolerancia, sólo compensable por una educación abierta. Pues el pensamiento liberal es racional y cosmopolita; por contra, los extremismos son tan pasionales como provincianos. La convicción que guía a todo nacionalista sectario no difiere gran cosa de la de los patitos recién nacidos que seguían ciegamente a Lorenz en fila india, creyéndolo su madre,

² Resulta curioso, por ejemplo, el rechazo sin matices de la globalización. ¿Acaso el traslado de la producción de un país occidental a uno asiático no representa allí un importante progreso? La globalización puede ser perjudicial *localmente*, pero *globalmente* mejora las condiciones de vida del conjunto de la población del planeta. Es cierto que tiene muchos aspectos negativos, pero las razones de su repudio en Occidente son, sobre todo, primitivas: el egoísmo y la falta de solidaridad.

El desinterés por lo que suceda una vez hayamos fallecido es el mayor obstáculo para suscitar apoyo para la defensa del medio ambiente: a largo plazo, todos calvos.

porque éste había conseguido que se *fijaran* a él poniéndose junto a los huevos al eclosionar. La fijación absoluta a todo tipo de *madres*, nacionales, políticas o religiosas, fomentada o no por una educación sesgada, tiene raíces biológicas –por eso es primitiva e irracional– y es la *madre* de todos los fundamentalismos. ¿Cómo, si no, dos personas nacidas en lugares distintos pueden creer que el *suyo* es el ombligo del mundo? No obstante, basta observar la larguísima lista de patrones *humanos universales* de Donald Brown, o la *gramática universal* de Noam Chomsky, para comprender que las diferencias culturales son sólo pequeños *añadidos* que deberían ser fuente de riqueza, no de división. Hay que conocer –reconocer– las raíces biológicas de nuestra naturaleza y, con ellas, sus inconvenientes³. Nuestra coexistencia requiere, hoy, que todas las culturas renuncien a la universalidad de lo accesorio y respeten los derechos fundamentales del hombre (y de la mujer) que, junto con el laicismo del Estado, constituyen la esencia *no negociable* del Occidente *actual*: el respeto al individuo es el punto de partida para toda sociedad mejor. El error del comunismo y del nazismo –la deshonra de Occidente– fue, precisamente, invertir ese orden al imponer un modelo de sociedad sobre las personas, eliminando a quienes no se ajustaran a él. El nazismo fue una aberración relativamente breve y derrotada; el totalitarismo comunista perduró casi setenta años en la Europa del Este y ha causado no menos sufrimiento, pero su caída no fue militar. El comunismo fracasó, en última instancia, por ignorar las raíces biológicas de la naturaleza humana. Su dogma –como defendió el propio Stalin– es esencialmente *lamarckiano*; la naturaleza, por el contrario, es *darwinista*. Los cambios producidos por el entorno no se heredan: no cabe, pues, *reeducar* al mundo orgánico.

Las civilizaciones y el futuro

La evolución de las distintas civilizaciones continúa, hoy, sin detenerse. Cabe preguntarse si Occidente mantendrá su hegemonía, sobre todo cuando la ciencia y la tecnología alcancen el mismo nivel en otras culturas, cuya creciente occidentalización constituirá un postrer tributo a la civilización occidental: como la Grecia antigua, parte de Occidente sobrevivirá en la futura

³ Nadie que ignore los aspectos biológico-evolutivos de la naturaleza humana debería poder legislar sobre cuestiones educativas, pues nada hay peor que pretender que los seres humanos son otra cosa que lo que somos. Sería interesante saber cuántos Ministros/as de Educación (o de Justicia) conocen a Darwin, la evolución y los fundamentos de la etología.

Roma. China (o parte de ella) podría ser hegemónica a medio o largo plazo dada su potencia demográfica, su vitalidad económica tras el abandono *de facto* del comunismo y por su avance científico y tecnológico. Entretanto, Occidente deberá administrar su actual *triumfo* con más delicadeza y magnanimidad, evitando una política reducida al *West and the rest* y, a la vez, sin caer en falaces relativismos. Pero *todas* las civilizaciones habrán de esforzarse en conseguir una educación que una a los seres humanos y minimice lo que los separa, en lugar de fomentar, como ahora, la inevitable *fijación* a su limitado entorno cultural. Los fundamentalismos no caerán si la crítica no es también interna: así cayó el muro de Berlín, derruido desde ambos lados. Es esencial una educación liberal que permita aceptar –especialmente en Occidente– los sacrificios que son necesarios para paliar las injusticias sociales de hoy. En caso contrario, todas las civilizaciones –la Civilización– estarán amenazadas, en una final paradoja, por el propio *éxito* de la especie humana. Ésta habría conseguido reunir más de seis mil quinientos millones de *ejemplares*, repartidos entre las distintas civilizaciones, pero no que convivieran en una Tierra cada vez más reducida y esquilmada.

El siglo XX empezó en 1914, con la Gran Guerra, y acabó en 1989, con la caída del muro de Berlín. El siglo XXI se despertó el 11-IX-2001; no es fácil aventurar cuándo concluirá, ni cómo, si la tolerancia, la solidaridad y el respeto a los derechos del individuo no se convierten en el objetivo primordial de todas las civilizaciones. Una meta que, tampoco conviene engañarse, está más lejos de unas que de otras y que, dado nuestro natural egoísmo biológico, quizá no sea alcanzable: recordemos el dicho de Pascal ya mencionado. Pues ni todos los grandes problemas tienen solución *global* –los apaños *locales* son más fáciles, pero no los resuelven– ni, cuando la hay, es sencilla. Pues la propia naturaleza humana dificulta, primero, identificar la desagradable medicina requerida y, después, recomendarla egoístamente no tomarla. ■

José Adolfo de Azcárraga es físico teórico.